

# LA FAMILIA EN LA SOCIEDAD SALVADOREÑA

Segundo Montes

## RESUMEN

*El punto de partida es la familia como fundamento básico de la sociedad. El análisis de esta realidad pone en evidencia la complejidad de ambas. Si la sociedad es de por sí compleja, lo es más aún por su ubicación y sus relaciones asimétricas con las otras sociedades vecinas. La familia, por su parte, ha ido cambiando en orden a adaptarse a esa sociedad en cambio. La heterogeneidad de las estructuras intra e inter-sociales deriva hacia la plurivocidad de la familia.*

## Introducción

Las últimas constituciones políticas salvadoreñas reconocen que la familia es la base fundamental de la sociedad, y que debe ser protegida por el estado (1962, art. 179; 1983, art. 32). Esta es una afirmación no *a priori*, sino *a posteriori*. Es decir, la constitución no crea la familia así, sino que acepta una realidad social; la familia no es la base fundamental de la sociedad porque lo establezca la constitución, sino que ésta lo acepta como una realidad preexistente. Sin embargo, los constituyentes, al tomar conciencia de esa realidad social, y de la trascendencia que para la sociedad tiene la familia, imponen al Estado la obligación de protegerla adecuadamente para el bien de toda la sociedad, con lo cual refuerzan su consistencia y en cierta forma tratan de intervenir en la conformación de la familia salvadoreña futura.

La fundamentalidad básica de la familia respecto a la sociedad se puede analizar desde tres dimensiones, íntimamente relacionadas entre sí y conformando una única realidad social, como son: la dimensión bio-sicológica, la económica y la socializadora. La familia es la unidad reproductora de las personas, no sólo como seres biológicos, sino también como seres humanos dotados de características psicológicas que hay que desarrollar y formar adecuadamente. También es la unidad económica, si bien articulada a una economía más amplia. Por último, es la unidad conformadora de la dimensión social de la persona, e integradora con el resto de la sociedad.

La sociedad necesita nuevos miembros, no sólo biológicamente sanos, sino también psicológicamente saludables y con una personalidad equilibrada y bien conformada; la familia desem-



peña esa función de manera espontánea y gratificante —con mayor o menor éxito—, pero cualquier otra instancia o institución lo realizaría más deficientemente y con mayores costos.

La familia produce bienes y servicios —o los transforma para el consumo directo—, ya sea como unidad económica fundamentalmente independiente y autónoma, ya sea como unidad articulada a un sistema económico más amplio, ya sea como reproductora de la fuerza de trabajo y estimuladora del mercado de consumo (esta dimensión la desarrollaremos más adelante). Hasta el momento no parece haberse podido constituir unidades económicas básicas distintas y eficientes, si bien se ha ido produciendo una evolución muy pronunciada en la dimensión económica de la familia como célula económica.

La sociedad, por último, necesita la integración social de los nuevos miembros, adecuadamente socializados. La familia es el agente socializador primero y primario, que transmite el conjunto de ideas, valores y pautas de comportamiento a sus integrantes, también en forma espontánea y gratificante —con mayor o menor éxito igualmente, sobre todo si se considera el conjunto de la sociedad, como veremos a continuación—, pero cualquier otra instancia o institución, homológamente, lo haría con menos deficiencia y con mayores costos.

Si esto es así, se comprende que se reconozca a la familia como base fundamental de la sociedad, y que se responsabilice al Estado no sólo

de protegerla, sino también de establecer los correctivos pertinentes, y de introducir los elementos indispensables para la integración nacional, tomando en cuenta las limitaciones y deficiencias, así como los elementos disociadores —individuales o grupales— transmitidos por la familia real y concreta en una sociedad heterogénea.

### 1. La familia: encrucijada social histórica

La familia no es una realidad abstracta, un valor estadístico; es una realidad concreta e histórica. En tal sentido, se la puede considerar como una encrucijada en la sociedad histórica, entre el pasado y el futuro. Por un lado, es la concreción del pasado, de la tradición, que se esfuerza por conformar una familia de acuerdo a su experiencia, de introyectar en sus miembros esa trayectoria, por lo que es eminentemente “conservadora;” es la herencia del pasado que lucha por pervivir. Pero, al mismo tiempo, es la creadora del futuro, de los nuevos miembros, de la nueva sociedad; y otras variables y valores externos se van introduciendo, principalmente en una sociedad abierta e interrelacionada, creando innovaciones y haciéndola evolucionar. En una sociedad cerrada, la familia y la sociedad misma son más estáticas y rígidas; en una sociedad en comunicación con otras, la familia y la sociedad propenden a ser más dinámicas y evolucionantes.

La familia, por consiguiente, se convierte en una especie de laboratorio, en el que se pueden percibir los elementos del pasado y las tradi-

**Los cambios producidos en la familia son más formales que estructurales, más en la forma como se han adecuado los elementos estructurales a la sociedad en cambio, que a la naturaleza misma de estos elementos.**

ciones que luchan por pervivir, así como los elementos innovadores que predicen los cambios que la sociedad va a implementar, integrados en los nuevos miembros sociales que la base fundamental, la familia, está formando.

En una sociedad homogénea —tanto más si es cerrada y aislada— la familia también es homogénea, casi unívoca; las pequeñas diferencias existentes al interior de tales sociedades no llegan a conformar clases sociales, apenas estratos muchas veces casi indiferenciados; la tradición es colectivamente compartida y transmitida, y los valores, creencias y costumbres son compartidos unánimemente; todo lo cual le confiere un elemento más de aglutinamiento social, homogeneidad, e incluso de identidad contrapuesta a todo lo “exterior,” de defensa frente a la innovación.

Pero las sociedades modernas no son homogéneas, sino que tienden a una heterogeneidad cada vez mayor, por lo que la familia es también heterogénea, casi plurívoca. Las diferencias al interior de estas sociedades son radicales y profundas, ya sea en cuanto a su estructura de clases sociales, ya sea en cuanto a sus creencias, composiciones étnicas, ideologías contrapuestas, entre otros factores. Y esto tanto si se considera la humanidad en su conjunto, como los continentes, las regiones, e incluso las mismas sociedades políticas. La división interna producida por la existencia de clases sociales, se pretende superar a un nivel más alto, ya sea por la unidad étnica, por una historia común, por una cultura única compartida y, sobre todo, por una religión aglutinante —aunque tenga distintas confesiones a su interior y diferencias teológicas o prácticas. Sin embargo, la sociedad moderna va hacia una diversificación cada vez mayor en todos esos elementos, incluido el religioso, por lo que le resulta cada vez más difícil la unificación de sus integrantes, y la sociedad —o el Estado— tienen que encontrar nuevos instrumentos aglutinantes, cohesionadores, para evitar la ruptura interna y encontrar una identidad social. Un ejemplo claro sería la sociedad norteamericana, amalgama de grupos étnicos, de historias diversas, de culturas y creencias dispares; carece de una “religión nacional,” por lo que tienen que recurrir a elemen-

tos superestructurales, más abstractos y deletéreos, menos consistentes, durables y motivadores que la religión, sentimentales e ideológicos, —como *the american way of life*— que son más difícilmente compartidos por los grupos y personas marginados —o menos beneficiados— de las bondades del sistema y del discurso; es, por tanto —o parecería serlo— una sociedad en proceso de ruptura, o de conformación de su nacionalidad e identidad (ver Durkheim, 1982). ¶¶

El siguiente gráfico nos puede ayudar a entender mejor lo anteriormente expuesto, así como algunos otros aspectos analíticos que siguen.



Para evitar una discusión no pertinente a este punto, y para lo que se pretende en este trabajo, no voy a denominar a las tres grandes divisiones sociales, clases, sino más bien niveles o estratos claramente diferenciados: el alto, con su respectiva superioridad económico-política, nivel educativo superior y todas las consecuencias que de lo anterior se derivan; el medio, con relativa capacidad y desahogo económicos, una cuota delegada, u otorgada de poder político-social, niveles educativos intermedios, proporcionalmente altos, así como niveles de aspiración e identificación con el “alto;” el bajo, marginado de la sociedad en todos los aspectos, enganchado al sistema como instrumento indispensable para su funcionamiento, pero dependiente de las concesiones que aquél quiera hacerle en función de su necesidad indispensable. A nivel universal los estratos se adecuan: el superior al I y II mundo (capitalista y socialista) desarrollados y tecnificados —aun cuando a su interior se reproduzcan, en mayor o menor grado, las estructuras diferenciadoras, pero prevaleciendo su posición con respecto a las demás sociedades de la humanidad actual; el intermedio, a los países en transición ha-

cia el desarrollo (III mundo), con un cierto nivel en los diversos indicadores, que los mantienen diferenciados del estrato superior, pero también del inferior (así en el sistema capitalista como en el socialista). En su interior se da predominantemente una estratificación aún más diferenciada que en el primer estrato; el bajo, a los países del IV mundo, es decir, a todos aquellos países postrados en un subdesarrollo fatal, del cual no pueden escapar, dependientes de las condiciones impuestas por los demás en su producción, precios y consumo, a remolque del desarrollo mundial como servidores del mismo y sometidos a los condicionamientos del sistema —en su interior se agudizan aún más las estructuras diferenciadas. Ambas dimensiones, sociedades y estratos o niveles se entrecruzan e interrelacionan en su interior, si es que no se crean o fomentan *ex professo* para la funcionalidad del sistema mundial prevaliente.

La división oblicua en el gráfico nos indica una proporcionalidad, no igualdad, en la estructura social de los diversos estratos y grupos de naciones. En efecto, la pirámide a un tiempo refleja la estructura del conjunto de sociedades mundiales, y de cada una de las sociedades en particular. Sin embargo, en las sociedades del III y IV mundo, los estratos homólogos a los del I y II mundo no alcanzan la cúspide; es decir, incluso sus élites y cúpulas están a un nivel comparativo inferior al alcanzado por los estratos de naciones del superior, con algún grado de dependencia de aquéllos; aun cuando al interior de tales sociedades las diferencias entre los correspondientes estratos sean todavía más marcadas que en los estratos de naciones más altos, y las cúspides sean más concentradas y reducidas (Montes, 1981).

Tal heterogeneidad y complejidad de las estructuras intra e intersociales deriva hacia una plurivocidad de la base fundamental de ellas, la familia. No se puede hablar de una familia única y universal, ni de la homogeneidad de su triple función (bio-sicológica, económica y socializadora), si no es en forma demasiado abstracta. Las ideas, valores y pautas de comportamiento son muy distintas para cada uno de los “mundos” aludidos, así como para los estratos al interior de cada una de las sociedades, lo cual hace que las respectivas familias sean un reflejo de esas realidades distintas y, a su vez, las reproduzcan para la generación futura. El significado que se le asigna al amor conyugal, a los hijos, al

nivel de vida, entre otras cosas, es muy distinto para las diversas categorías contempladas, lo cual incidirá más plausiblemente en las tasas de reproducción humana, por ejemplo. Si bien es cierto que, por un lado, en la sociedad moderna hay una mayor intercomunicación e influjo de tendencias universalizantes y, por otro lado, hay áreas de coincidencia (ver gráfico) en los sectores homólogos de los diversos “mundos,” compartiendo valores, aspiraciones y pautas de comportamiento similares, las diferencias, sin embargo, no son únicamente cuantitativas, sino que también cualitativas, como corresponden a sociedades y estructuras disímiles e incluso dependientes.

Este hecho cuestiona que se pueda enfocar la familia como una unidad social unívoca y homogénea, o que se puedan dictar normas universales que pretendan ser aplicables a las familias de los distintos “mundos” y de los diversos estratos al interior de cada sociedad. La realidad social es heterogénea, crea tipos distintos de familias, origina problemas específicos diversos, y los análisis, planteamientos, orientaciones y normas de comportamiento necesariamente han de ser distintos. Si los problemas son diferentes, también lo deben ser las soluciones (Montes, 1985).

Sin embargo, existen elementos que trascienden las divisiones entre estratos dentro de cada sociedad y en el conjunto de naciones, introduciendo un factor de unificación, ya sea de índole cultural, histórica, étnica, ideológica o religiosa —como veremos a continuación. La familia, pues, está en la encrucijada socio-histórica de unas estructuras disruptivas y unas superestructuras unificantes, que incidirán en su conformación interna, en los procesos de socialización de sus miembros, y que se proyectarán a la sociedad del futuro, reproduciendo la heredada y vivenciada, aunque introduciendo innovaciones de mayor o menor profundidad.

## 2. Lo religioso: elemento de unificación diferenciada

Entre los elementos que pretenden trascender las estructuras diferenciadas y disruptivas, introduciendo un factor superestructural de unificación que supere las divisiones, tal vez el de mayor fuerza y profundidad es el religioso. La religión —al menos las grandes religiones, y especialmente las cristianas, que son las predominan-

tes en nuestro continente y en las naciones europeas colonizadoras—, no sólo pretende ser universal, sino que predica, a nivel teórico, una igualdad fundamental entre todos los hombres —y consiguientemente, entre todas las naciones—, y tiene como meta —quizás escatológica, pero a la que debe dirigir su praxis— la conformación de una humanidad igualitaria, tanto al interior de cada sociedad, como en las relaciones entre las diversas naciones. Pero el hecho de que la religión esté encarnada en unas personas y en una realidad social concreta e histórica, produce una tensión entre los ideales a predicar y operativizar, y la concreción socio-histórica siempre “en camino,” o “en éxodo.” Por ello se puede hablar de lo religioso como de un elemento de unificación, pero al cual la estructura disruptiva le introduce diferenciaciones en su expresión concreta.

Hay “momentos fuertes” en la vida del individuo, de la familia y de la sociedad, que deben ser sacralizados, para que lo religioso no sólo legitime el “paso,” ni sólo sea el agente socializador, el mediador entre el individuo y la sociedad, por la delegación recibida de la divinidad y reconocida por la sociedad, sino que, además, sea el vehículo transmisor de las creencias y valores de la tradición, el garante de la historia, que propicie la continuidad, la estabilidad, la “conservación.” Son los ritos de la vida —y de la muerte— (Falla, 1984), en los momentos claves: nacimiento, pubertad, “matrimonio” y muerte. Si para el individuo son umbrales radicales que traspasa hacia una nueva realidad, para la familia son variables fundamentales, y no menos para la sociedad que se ve afectada por cada uno de ellos, por lo cual pretende regularlos, controlarlos, garantizar una continuidad que la “conservar” y dinamice o enriquezca. En sociedades no del todo secularizadas, la religión va a desempeñar una función mediadora clave, legitimadora, “continuadora” del pasado e introductora en un futuro siempre incierto. El rito, por tanto, no es únicamente un acto religioso, es también un instrumento social de legitimación y aceptación del individuo, de la familia, de la misma sociedad.

En estos “momentos fuertes,” en estos “ritos de la vida,” confluyen los elementos unificadores propiciados por lo religioso, pero también manifiestan las diferencias de la sociedad en su interior, no sólo en la pura formalidad de la aplicación del rito, sino en las motivaciones y valores que lo posibilitan. El nacimiento y la muerte son



los momentos fundamentales para el individuo, pero también para la familia y la sociedad en su totalidad, por lo cual la presencia de la sociedad y de su representante reconocido, el agente religioso, son imprescindibles; no tan fundamentales son hoy, ni tan trascendentales para la sociedad moderna, heterogénea y abierta, el paso de la pubertad y la constitución de una familia, al menos en todos los estratos sociales. Por eso, los primeros están generalizados en todos los estratos, mientras que los segundos tienen mayor incidencia en unos que en otros.

Dando por supuesta la motivación religiosa en la aplicación de estos ritos, con mayor o menor profundidad y sinceridad, hay que tomar en cuenta, además, otros elementos sociales que no están ausentes: el paso del ámbito personal y familiar al de la sociedad total, la ampliación de las relaciones sociales, el factor económico (Falla, 1984).

En la entrada del individuo a la vida y a la familia (nacimiento), es preciso dar el paso a la aceptación por la sociedad, que normalmente se verifica a través del mediador religioso, por el bautismo, para lo cual también la sociedad impone sus controles y condiciones. En los sectores alto y medio, además de la consolidación e incluso ampliación del *status* y de las relaciones sociales, la aplicación del rito significa un gasto económico elevado que grava principalmente sobre la familia, la cual es compensada en cierta forma, no tanto por los regalos que con esa ocasión recibe, sino principalmente por la reciprocidad social generada. En cambio, para el sector bajo, los gastos económicos son menores, gravitan principalmente sobre los padrinos, y por medio de la implementación del rito con todo su ambiente social se consolida su posición, se robustece el *status* —se procura buscar unos padrinos de un nivel superior, no sólo para que puedan cubrir los gastos, sino para alcanzar un *status* superior—, se amplían las relaciones sociales y se ponen pilares para una posible seguridad e incluso mejoría económica (Falla, 1984; Montes, 1979). Por motivaciones sociales diferentes, la presión social fuerza a una generalización del rito del bautismo.

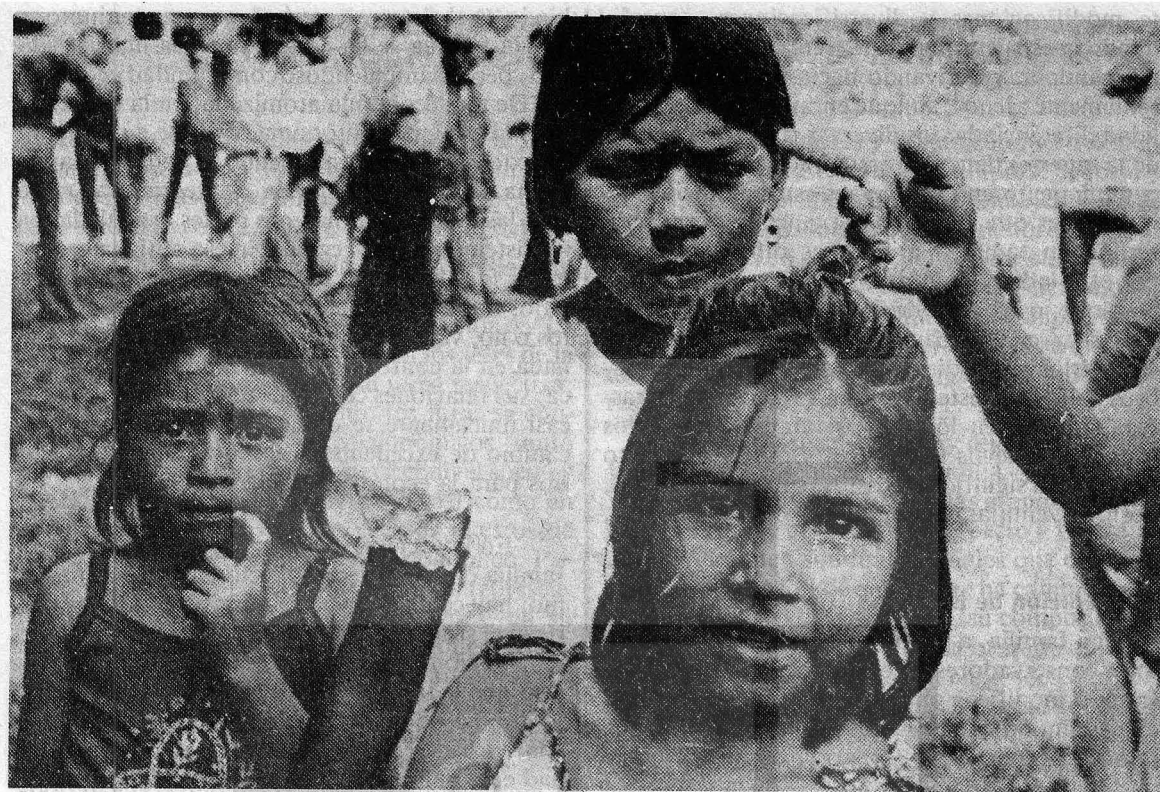
La salida de la vida (muerte) exige también la rúbrica de la sociedad, la despedida no sólo de los parientes y amigos, sino del conjunto social. Además de la motivación religiosa, por consiguiente, intervienen otros factores sociales que presionarán para que también haya un rito generalizado en todos los estratos. Mientras en los estratos alto y medio los gastos económicos por los funerales y el entierro son muy elevados, la afirmación del *status*, la ampliación de las relaciones sociales, el control de la sociedad para cumplir el rito y se observen las prescripciones tradicionales, son compensaciones suficientes. En el estrato bajo, en cambio, los gastos son incomparablemente menores, e incluso vecinos y participantes en los funerales colaboran parcialmente; además de los factores sociales que intervienen en este rito en los otros estratos, en éste incide en forma especial la exigencia del cumplimiento exacto y perfecto del rito en todos sus detalles mínimos, como garantía de que el alma del

difunto descansará definitivamente y no vendrá a inquietar a los parientes por no haberlo cumplido a cabalidad: versión ideologizada de la presión social para preservar la tradición y los valores permanentes (Falla, 1984).

En las sociedades cerradas, primitivas o actuales, aisladas, el paso de la pubertad era otro momento fuerte, por las implicaciones que encerraba en la sociedad, dado que el nuevo miembro dejaba la informalidad de la niñez, para integrarse a la vida colectiva como miembro casi de pleno derecho, en las tareas de la guerra, del trabajo o del hogar, y se le abrían las puertas para optar al matrimonio; la sociedad en su conjunto debía examinarlo y aceptarlo en su seno, por lo tanto, un rito religioso será el mecanismo de aceptación, sanción y legitimación. La sociedad moderna tiene otros mecanismos de control y de aceptación; el niño no está bajo el cuidado exclusivo de los padres o de la comunidad, sino controlado por diversas instancias institucionalizadas (escuela, grupos diversos, etc.). Y se integra a la sociedad adulta a través de otros umbrales (formación, capacitación, trabajo, consumo, etc.) en forma más individualizada. El rito del paso de la pubertad, por consiguiente, ha perdido en gran parte su razón de ser, y puede haber quedado como una costumbre, o se ha diversificado en varios actos parcialmente suplementarios; primera comunión, confirmación, fiesta rosa, graduación escolar. Estos cuasi-ritos implican costosos gastos económicos, compensados en cierta forma por la ampliación del círculo de relaciones sociales, o dando oportunidad para una fiesta que catalice las mismas y favorezca o incremente el *status* familiar. Las posibilidades económicas y sociales de las familias de cada estrato determinarán si tales cuasi-ritos se cumplen, o no, las convicciones religiosas incidirán de una manera más eficaz en su cumplimiento (para los cuasi-ritos religiosos), pero la presión social es menor, sobre todo en el estrato bajo.

La constitución de un nuevo núcleo familiar, por último, es otro momento trascendental, tanto de vivencia y praxis religiosa, como de

**La familia se halla en la encrucijada socio-histórica de unas estructuras disruptivas y unas superestructuras unificantes, las cuales inciden en su conformación interna y en los procesos de socialización de sus miembros.**



control de la sociedad en su conjunto, que se verá afectada por el hecho y exigirá el cumplimiento de determinadas condiciones para preservar su estructura y sus valores, lo cual procurará garantizar a través del rito. También en las sociedades pequeñas, cerradas, aisladas, el matrimonio era un momento de trascendencia no sólo individual y familiar, sino principalmente social, por lo tanto, los mecanismos de selección de la pareja, de preparación y aplicación del rito estaban minuciosamente prescritos, con lo cual se ejercía un estricto control social. En las sociedades modernas y abiertas hay otros muchos mecanismos de control, desde las relaciones sociales estables restringidas, el aislamiento de otros grupos, hasta los elementos ideológicos y de estilo de vida. En los estratos alto y medio la presión social hacia el matrimonio civil religiosamente sancionado son tan fuertes como para obligar a la mayoría a contraerlo, a pesar de los elevados costos que suponen, compensados nuevamente por la ampliación de las relaciones sociales y la aceptación de la nueva pareja con pleno derecho en la sociedad y en su propio estrato. En cambio, en el estrato inferior la presión es muy débil, ya que los otros mecanismos de control y de exclusión

actúan eficientemente como para mantener la estructura social vigente, la generación de hijos aumenta la mano de obra disponible —elemento de gran utilidad para el sistema; los costos económicos son excesivamente altos como para ser compensados por unas relaciones sociales que difícilmente garantizarán una desahogada situación económico-social a la pareja y a sus descendientes. Serán entonces las motivaciones religiosas las que más pueden gravitar hacia la implementación de un rito matrimonial civil o religioso.

Estos “momentos fuertes” se convierten en elementos altamente socializadores, dada la especial “condensación” de motivaciones, experiencias, vivencias, que se introyectan en el individuo y conforman su personalidad social (Falla, 1984). Hemos podido apreciar, al mismo tiempo, que son eminentemente “conservadores,” transmisores de una tradición y unos valores, los cuales exigen la implementación escrupulosa del rito que lo sanciona religiosamente, reforzando la herencia social. Pero también intervienen elementos ajenos al religioso, de carácter económico y social, que van introduciendo paulatinamen-

te modificaciones y diversificaciones, consolidando la estructura vigente, reproduciéndola, legitimándola, y derivando hacia fenómenos aparentemente ajenos, aunque enraizados en esa realidad diferenciada: los diversos ritos de la vida (y de la muerte) tienen diverso grado de exigencia y cumplimiento en los diversos estratos sociales, e incluso los que son de observancia generalizada responden también a factores diferenciadores; por otro lado, el que el cumplimiento de los ritos implique, o no, elevados costos económicos, va a presionar en los grupos familiares obligados a cumplirlos a que disminuya el número de miembros (hijos, en este caso) para reducir tales gastos, y no así en los grupos familiares para los cuales los nuevos miembros, y el cumplimiento del rito, no signifiquen gastos, sino, al contrario, posibles ventajas económicas y sociales (Montes, 1985).

### 3. Evolución de la familia

La familia, a pesar de ser uno de los elementos "conservadores" de la sociedad, ha ido sufriendo modificaciones a lo largo de las generaciones, modificaciones que pueden parecer bastante profundas. Sin embargo, desde una perspectiva analítica, los cambios producidos pueden considerarse como más formales que estructurales, más en la forma como se han adecuado los elementos estructurales a la sociedad cambiante, que en la naturaleza misma de estos elementos.

La familia permanece como la unidad sicobiológica, indudablemente modificada en su forma. De una familia extensa o ampliada se ha pasado a una familia predominantemente estricta (padres e hijos), en la cual la madre sigue siendo el centro y núcleo de estabilidad. La reproducción de la vida humana se continúa sustentando en el seno familiar. Los aspectos psicológicos y afectivos se han condensado en la familia nuclear o estricta, pasando de unas relaciones amplias y diluida entre los muchos miembros de la familia antigua, a otras más intensas entre el menor número de personas de la familia actual predominante, como para compensar el decremento en número, espacio, tiempo y relaciones, y poder así conformar la personalidad adecuada de sus integrantes.

A primera vista parecería que el aspecto que más ha cambiado en la familia es el relacionado con su característica de unidad económica básica. Sin embargo, desde cierta perspectiva se podría afirmar que propiamente lo que ha cam-

biado es el sistema económico en su conjunto, y que la familia se ha adaptado a esa nueva realidad, pero manteniéndose como unidad económica. De una economía atomizada, en la cual cada unidad era cuasi-autónoma, en base a una familia extensa casi autosuficiente, se ha ido pasando a una economía integrada e integradora, en la cual las diversas células son partes articuladas en un sistema que los regula. En esa antigua economía y familia existía una interna división del trabajo, en la cual cada uno de los miembros, adultos o no, varones y mujeres, tenían su tarea asignada en la conformación de la unidad económica; sus relaciones con otras unidades económicas casi únicamente se reducían a permuta o intercambio de excedentes y de otros bienes necesarios para la economía familiar.

En la sociedad económica actual ya no es la familia el centro de producción ni éste es autónomo; hay centros más amplios que controlan y dirigen el sistema productivo, la distribución, la remuneración y el mercado, y a cada individuo se le asigna la tarea que debe desempeñar y el trabajo que ha de realizar para todo el sistema en su conjunto. Pero la familia sigue siendo una unidad económica básica —ciertamente en una forma distinta a la de antes. Cada uno de los miembros de la familia moderna tiene asignada una tarea económica en función no sólo del sistema global, sino también de la célula económica familiar. El varón adulto, generalmente, desempeña un trabajo para aportar a la familia no ya los bienes directos de consumo, sino el dinero necesario para adquirirlos en el mercado. La mujer, o bien realiza otro trabajo remunerado, para completar los ingresos familiares, o transforma en el hogar los bienes de consumo directo (alimentos, vivienda, vestido, limpieza, salud e higiene, entre otros muchos) e incluso ambas tareas a la vez, lo cual tiene un precio, aunque no sea pagado ni reconocido, pero que en el mercado de servicio supondría gastos mucho mayores, con lo cual se abarata considerablemente la reproducción de la fuerza de trabajo (Quiñónez, 1984). Los hijos también tienen asignada una tarea "económica" en la familia moderna: en los estratos alto y medio, su capacitación para el trabajo futuro les exige un entrenamiento largo y costoso, a través de la educación general y especializada, a fin de que puedan luego integrarse al sistema económico en los puestos dignos de su categoría social y conformar a su vez un nuevo núcleo familiar; en el estrato inferior, los hijos



## Los valores familiares teóricamente son universales, homogéneos y permanentes, pero la realidad muestra que, de hecho, son relativos.

desde muy temprana edad son forzados a desempeñar una tarea directamente económica, en muy variadas formas, en el hogar o en el campo, en la calle o en el barrio, e incluso en el taller o tienda.

Esta nueva peculiaridad de la familia moderna, desde la dimensión económica, tendrá repercusiones importantes en dos direcciones. La primera es la conciencia que toman los jefes de la familia respecto a los hijos y su tarea respectiva. Para los estratos alto y medio, los hijos se convierten en verdaderos costos económicos, tanto más elevados cuanto más se eleve el nivel social y las exigencias de la vida moderna, así como en competidores futuros de los escasos puestos de ubicación "digna" en el sistema económico. Para el estrato bajo, en cambio, los hijos representan una verdadera inversión económica: en su más temprana edad los costos de alimentación, vestido, salud, etc., son insignificantes, tanto más tomando en cuenta la elevada mortalidad infantil en esos niveles; cuando comienzan a significar costos, ya son elementos productores que aportan a la economía familiar. El aprendizaje se hace con el mismo trabajo, ayudando a los padres muchas veces. En el futuro, esos hijos se convertirán en una especie de seguro de vejez y garantía de ayuda para los padres ancianos. Tampoco habría que dejar de lado el hecho de que en este nivel social, un elevado número de hijos sea el mecanismo de supervivencia como grupo, e incluso la esperanza de reivindicación como clase. Todo esto incidirá en que los distintos estratos, al considerar a los hijos, o bien como un fuerte gasto, o bien como una inversión, tengan pautas de reproducción humana distintas, y las tasas de nacimientos difieran sustancialmente de unos estratos a otros (Montes, 1985).

Falta un aspecto más por considerar. En la economía moderna es tan fundamental el rubro de producción como el de consumo. Si el papel de la familia ha variado sustancialmente en cuanto a la unidad de producción, dentro de los parámetros que analizados anteriormente, se mantiene, sin embargo, como unidad básica de consumo. El trabajo de los adultos posibilita la adquisición de múltiples bienes para el consumo familiar —en los estratos alto y medio—, e incluso la capacitación de los menores, el descanso exigido, el nivel de vida impuesto, los convierten en

grandes consumidores y dinamizadores del mercado. En el estrato inferior, el aporte laboral y monetario de los miembros que trabajen —desde los menores a los ancianos, la transformación de los productos en el hogar para su consumo directo, e incluso para la venta en el mercado de bienes y servicios, posibilita su participación en el consumo, en el mercado y en la distribución, dentro de los estrechos márgenes a que están restringidos.

El último aspecto que hay que analizar es la función que desempeña la familia como unidad socializadora. En este ámbito las grandes modificaciones que se han operado respecto a la familia antigua también son más formales que estructurales, en el sentido de que lo que ha cambiado radicalmente ha sido la sociedad, su composición y comportamiento, hecho que ha incidido en la familia en cuanto a adecuación a esa sociedad, pero jugando el mismo papel, de agente socializador primero y primario, transmitiendo la herencia del pasado, "conservando" esa sociedad recibida y vivida, para socializar los nuevos miembros en la nueva sociedad, incorporando los cambios sociales filtrados y codificados a través del condicionamiento de su posición estructural concreta.

De una sociedad homogénea, en la cual la familia y la comunidad en su totalidad eran los transmisores de una tradición unívoca y universal (para todo el conjunto de la sociedad), se ha pasado a una sociedad heterogénea, diferenciada, dividida en clases (y en conjuntos de naciones estratificadas), con relaciones asimétricas, estructuradas a niveles distintos y superiores, menos personalizadas, con mecanismos de articulación, interrelación e integración de otra índole, que pretenden compensar las diferencias y divisiones introducidas por el proceso de socialización realizado en los respectivos estratos a través del sistema educativo, los medios de comunicación de masas, la burocracia y la ideología.

La familia continúa siendo el socializador básico, pero transmite la herencia vivida en su realidad histórica y social. Socializa en las creencias, valores y pautas de comportamiento experimentados en su existencia concreta, es decir, propios del estrato donde está inmersa. Como la so-

ciudad es heterogénea, dividida, conflictiva, disruptiva, la familia, en su función de agente socializador reproduce la sociedad donde vive, el estrato al cual pertenece, contribuyendo a conformar una sociedad que fundamentalmente se adecúe a la presente, con ligeros cambios apenas perceptibles en una generación. Una familia, por consiguiente, en una sociedad homogénea, reproduce esa sociedad para la generación siguiente, acorde con y reforzada por el conjunto de la comunidad. Pero una familia de una sociedad heterogénea también reproduce esa sociedad para la siguiente generación, acorde con y reforzada por el conjunto de la sociedad a la cual pertenece. No es la familia la que genera la heterogeneidad, la división, la disrupción y los conflictos al interior de la sociedad nacional o de los conjuntos de naciones estratificadas; es la sociedad heterogénea, dividida, conflictiva y disruptiva —a su interior y en el conjunto de la humanidad— la que ubica a las familias respecti-

vas en una realidad introyectada que transmite como herencia social a sus miembros, reproduciendo la estructura que la sociedad ha impreso a su conjunto.

Pero este hecho conduce a graves y profundos conflictos intra e intersociales, a rupturas antagónicas y dispersión, los cuales amenazan la existencia misma de la sociedad como tal —o la humanidad, o los bloques de naciones estratificadas. Se impone, por lo tanto, corregir esas tendencias disgregantes e implementar un proceso de socialización integrante, a niveles superiores a los experienciales, pero que anidarán en el ámbito de la superestructura ideológica, cuya eficacia es muy reducida según la confirma la historia. En este punto es donde cobran especial relevancia algunos elementos ideológicos —vivenciales— más profundos, como es el caso de la religión, la cual trata de trascender las diferencias y antagonismos existenciales con principios teóricos universales y exigencias de transformar las sociedades en unidades fundamentales igualitarias. Pero también la religión sufre las consecuencias de la sociedad heterogénea presente. De una religión homogénea y unívoca en sus creencias y en su praxis para las sociedades uniformes, ha derivado a versiones diferenciadas en las sociedades estratificadas, no sólo en la praxis concreta, sino incluso en el mismo dogma y en los valores básicos, como se puede ver tanto en las manifestaciones y vivencias de la religiosidad en los distintos conjuntos sociales, como en las interpretaciones más teóricas (caso de la teología de la liberación, por ejemplo). Uno de los elementos claves de integración, pues, como es el religioso, no necesariamente produce el efecto esperado, sino que está sometido a su vez por la estructura social misma, aunque la modifique y atenúe en algunos casos.

#### 4. La familia en El Salvador

La familia, en El Salvador como en cualquier otro sitio, está encerrada dentro de una realidad social histórica, en unas estructuras sociales concretas. Es la base fundamental de esa sociedad, tanto por transmitir la herencia recibida y vivida, como por socializar a los nuevos miembros, “conservando” y reproduciendo esa sociedad, aunque asimilando nuevos elementos innovadores que hacen que ésta vaya cambiando con el tiempo y las diversas generaciones.

Ahora bien, la sociedad salvadoreña actual no es homogénea ni uniforme. Se ubica entre los



países que hemos denominado como del IV mundo, y en su interior se dan tres estratos significativamente diferenciados, con relaciones fuertemente asimétricas y con algunas subdivisiones al interior de ellos, de menor profundidad (Montes, 1980 y 1981). El estrato alto no sólo es inferior en cantidad y proporción al de los estratos de los conjuntos de naciones superiores, sino que está condicionado por y es dependiente de las reglas que le impongan los otros, tanto en las cantidades y precios de los productos de exportación como en los bienes y servicios importados, incidiendo correlativamente en las distintas variables (económicas, de nivel de vida, educación, autonomía y demás). El estrato medio se puede equiparar relativamente a los correspondientes y homólogos de los estratos societales superiores, pero su grado de dependencia es mayor y sus niveles son inferiores en todos los indicadores, como norma generalizada. El estrato inferior, a su vez, aparte de que es proporcionalmente mayor al correspondiente en los conjuntos de sociedades de los estratos superiores al de El Salvador, padece las consecuencias de las relaciones asimétricas entre los estratos societales, a través de la dependencia de este país, profundizadas a su interior por los estratos nacionales superiores, que únicamente a través de una superexplotación del sector pueden pagar el tributo exigido por aquéllos y reservar para sí los beneficios necesarios para mantener esa estructura interna de diferenciación económica y social. La familia, pues, inmersa en esta realidad, responde a unos condicionamientos estructurales en los cuales está conformada, experimenta y vivencia esa realidad disruptora y heterogénea, y se convierte en reproductora de esa sociedad, "conservando" básicamente esas estructuras para las generaciones siguiente.

Los valores y las pautas de comportamiento, e incluso las mismas creencias y subideologías, son "relativos de facto." Las creencias las codifica cada estrato y las familias incrustadas en él, de acuerdo a su realidad concreta y a sus vivencias, aunque fueran universales y homogéneas. Lo mismo ocurre con los valores, por universales, permanentes y unívocos que se los pretenda considerar; éstos son mediatizados por la vida concreta e histórica, y cuando menos son jerarquizados en distinto orden para cada estrato o pueden serlo. Las necesidades, igualmente, son percibidas y atendidas con diferente prioridad en cada estrato, pues mientras para el inferior la

misma supervivencia es ya un éxito, el trabajo permanente, la vivienda más ínfima, la salud, la educación nunca están asegurados; para los otros estratos todo lo anterior puede estar ya conquistado y afirmado, pasando a ocupar la máxima preocupación otras necesidades más espirituales y culturales, o de bienes superfluos. Las pautas de comportamiento, en fin, también varían en los respectivos estratos, de acuerdo a los dos aspectos anteriores y a la urgencia de alcanzar los respectivos objetivos que se persiguen como fundamentales. Aunque teóricamente esos elementos se consideren como universales, homogéneos y permanentes, la realidad muestra que de hecho son "relativos," al menos en la encarnación histórico-social en cada uno de los estratos y de los grupos familiares.

Al ser compleja la estructura social salvadoreña y dispar en los diferentes estratos, la familia y su triple funcionalidad son plurívocas. La función sico-biológica se cumple en distinta forma, como se puede medir por la tasa de natalidad y el número de hijos deseados, la educación y las facilidades que se les proporcionan, el tipo de relaciones efectivas entre los miembros de la familia —en gran parte condicionadas por las posibilidades económicas y de espacio habitacional. Estos factores varían considerablemente, como tendencia generalizada, en los tres estratos fundamentales. De forma semejante, la función económica de la familia es muy distinta en los respectivos estratos sociales: mientras en el superior predomina la unidad de consumo y capacitación, en base al patrimonio o al trabajo altamente remunerativo del jefe de familia; en el medio suele integrarse también la mujer al trabajo remunerado —o directo en el hogar—, pero los hijos son predominantemente consumidores y se están capacitando para su ubicación laboral cualificada; en cambio, en el estrato inferior todos los miembros están llamados a ser más productores que consumidores, y los escasos ingresos apenas alcanzan para sobrevivir y mantenerse en el mismo nivel económico. La función socializadora, por consiguiente, se convierte en la cadena de trasmisión de una realidad existencial diferenciada, que trasmite esa experiencia concreta, ideologizada o, mejor aún, codificada por su percepción y vivencia de la sociedad, volviéndose "conservadora" de la estructura social heterogénea para la generación futura. Un indicador para percibir este fenómeno, además del ya indicado del número de hijos deseados —o tenidos—, diferente en ca-

da estrato, puede ser el análisis de su comportamiento respecto a la contracción del vínculo matrimonial o del estado civil de los adultos.

Ya hemos analizado cómo los “ritos de la vida” (y de la muerte) tienen distinto significado o reinterpretación en los diversos estratos; y cómo su urgencia de cumplirlos varía también. Uno de los ritos principales y que más incide en la formación de la familia, es el del matrimonio, o la constitución de un nuevo núcleo familiar. La familia persiste, con las adecuaciones que ya se han indicado, pero el modo de conformarla, desde la reglamentación social, es muy heterogénea. Aunque el vínculo formal —legal y/o religioso— no se convierte mecánicamente en garantía de estabilidad, no deja de ejercer su influjo en este sentido.

Si ya hace años sosteníamos que la tasa de nupcialidad oscilaba “en torno a 3.2 por mil, contra la tasa normal hipotética que debería ser de 10/mil,” y que menos del 30 por ciento de los mayores de 15 años contraía matrimonio civil (Montes, 1974), los datos recogidos en el cuadro 1 muestran niveles algo superiores, pero todavía lejanos de la “tasa hipotética.” Más aún, se percibe la gran diferencia entre la población urbana (considerada como el 40 por ciento del total, según los censos, de acuerdo a sus discutibles criterios de categorización), y la población rural (60 por ciento según la misma fuente). A pesar de que en las ciudades y demás núcleos poblacionales “urbanos” existe una proporción muy eleva-

da de familias de origen y extracción rural, ocupando espacios físicos y sociales de marginación (con tasas de nupcialidad muy inferiores incluso a la media del campo, 1.4; Montes, 1974); la existencia allí, casi en forma exclusiva, de los estratos medio y alto, para los cuales la presión social hacia el matrimonio civil y/o religioso es demasiado fuerte como para eludirlo, eleva considerable y comparativamente la tasa de nupcialidad sobre la del área rural y proyecta la media total hacia un valor superior. Por otro lado, se percibe que la tendencia es fundamentalmente constante, sin grandes variaciones; pero a partir del momento de la agudización de la crisis (1979) disminuye la tasa de nupcialidad entre la población rural (con la excepción inexplicable, según los datos disponibles, para el año 1980, cuando se elevó en las categorías) y se incrementa en la urbana —fenómeno explicable, posiblemente, por la misma crisis, las migraciones y desplazamientos masivos, la destrucción de alcaldías y registros en el campo, menor accesibilidad a funcionarios que puedan formalizar los matrimonios, frente a mayores facilidades en los núcleos urbanos para los inmigrantes rurales alejados normalmente de las oficinas y funcionarios pertinentes.

De todos modos, como ya se indicaba anteriormente, la nupcialidad oficial, o la contracción del vínculo matrimonial legal, no es causa de estabilidad familiar. Ni los estratos con tradición de matrimonio formal son absolutamente estables, ni las uniones maritales *de facto* son por

Cuadro 1

Año	TASA DE NUPCIALIDAD (por 1.000 habitantes)		
	Total	Pobl. urbana	Pobl. rural
1974	4.24	6.65	2.61
1975	4.10	6.61	2.48
1976	4.36	7.10	2.48
1977	4.18	6.90	2.31
1978	4.10	6.83	2.17
1979	4.35	7.10	2.26
1980	5.05	8.24	2.60
1981	4.64	7.93	2.08
1982	4.37	7.35	1.98

FUENTE: *Indicadores económicos y sociales, julio de 1982 a diciembre de 1983.* Ministerio de Planificación, págs. 6 y 7.

sí mismas inestables. Hay otros muchos elementos más decisivos, que mantendrán la estabilidad familiar o la romperán, al margen del vínculo legal contraído, aunque éste pueda coadyuvar. Las motivaciones personales, religiosas o de otra índole, las relaciones interpersonales, las presiones sociales, incluso las condiciones económicas pueden incidir en la estabilidad de la familia —tanto más en las del sector inferior, donde la búsqueda de trabajo y de ingresos económicos indispensables pueden forzar a un ausentismo del hogar que derive en abandono o desestabilización del mismo.

Sin embargo, llama la atención la falta de correlación existente entre la arraigada y profunda religiosidad del pueblo salvadoreño y la contracción del vínculo religioso del matrimonio —más la del vínculo civil, que debe precederle por ley. Este hecho amerita algún esfuerzo de explicación, al menos hipotética. Si el matrimonio es un “umbral” fundamental para el individuo, la familia y la sociedad, tanto el factor religioso como el social deberían presionar hacia él. Así ocurre en el estrato alto de la sociedad, y con menos fuerza en el medio. En cambio, en el estrato bajo esa presión parece neutralizada por otros factores contrarios. Pareciera ser que la sociedad no se interesa mayormente por presionar hacia el matrimonio en esos núcleos familiares, sino que tiene una actitud permisiva —ver los mismos artículos citados de la constitución, relativos a la familia, los cuales conceden igualdad de derechos a los hijos habidos dentro o fuera del matrimonio, sin consignar su calidad legal—, interesada, tal vez, más en la cantidad de mano de obra disponible que en minuciosidades jurídicas o morales. Pero faltaría aún explicar la ineficacia de la presión religiosa hacia el matrimonio, la cual sería consecuencia de otros factores: económicos, legales, etc., así como la menor atención pastoral proporcionada a la población rural y marginal. La motivación religiosa, en tales condiciones, habría buscado cauces propios de expresión vivencial (imágenes y patronos hogareños, procesiones, ofrendas, promesas, penitencias, fiestas, etc.), a través de los cuales viven su experiencia religiosa, se ponen en comunicación con la divinidad, se purifican de sus pecados, y

cobran fuerza para seguir cargando con la cruz que la sociedad les ha echado encima (Falla, 1984). Además de lo anterior, en aquellas zonas o poblaciones rurales en las cuales tradicionalmente se ha mantenido una asistencia pastoral consistente, y en las cuales la población es más estable —posiblemente en relación con la tenencia de la tierra para la autosubsistencia—, el índice de nupcialidad religiosa supera notablemente a la media nacional (Montes, 1974).

La crisis que padece el país, la guerra civil en que está anegado desde hace ya 6 años, las muertes que se han producido a consecuencia de lo anterior, las desarticulaciones de las familias, las migraciones masivas de refugiados salvadoreños al extranjero o de desplazados dentro del territorio nacional, han modificado significativamente la familia, su estructura y composición, sus valores, costumbres y modos de vida. Entre las familias desplazadas, las cuales se componen en promedio de 6.3 miembros, el jefe de familia varón no está con el resto del grupo familiar (por diversas razones) en el 31.3 por ciento de los casos (Instituto, 1986). El siguiente cuadro nos puede esclarecer la situación de una gran parte de la población salvadoreña afectada por la crisis, tanto para ver su situación de integración familiar antes del conflicto, como en el presente.

Del cuadro que precede se pueden extraer conocimientos interesantes respecto a la integración del grupo familiar. El primero de todos es que el vínculo legal (religioso y/o civil) tenía porcentajes relativamente bajos —con la única excepción, tal vez, de los refugiados concentrados, provenientes en su mayoría de zonas de tradición y raigambre religiosa intensa, de mayor atención pastoral, que buscaron la protección de la Iglesia en su huída y han recibido asistencia de la misma. El segundo es el deterioro generalizado de los índices de todas las categorías relacionadas con el vínculo legal, para los diversos grupos considerados. El tercero, en fin, es el incremento de los estados civiles que significan ruptura del vínculo o desestabilización del grupo familiar (viudo, divorciado, separado). Como consecuencia de lo anterior, podemos observar que si ya el estado previo era de poca integración familiar es-

**La sociedad heterogénea, dividida, conflictiva y disruptiva ubica a las familias en una realidad introyectada que transmite como herencia social a sus miembros, reproduciendo la estructura social impuesta.**

**Cuadro No. 2**  
**ESTADO CIVIL (mayores de 15 años) (en porcentajes)**

Estado civil	Desplazados				Refugiados											
	Dispersos		Concentrados		Dispersos		Concentrados									
	antes	ahora	antes	ahora	antes	ahora	antes	ahora								
Casado por civ. y rel. cas. civil	13.4	35.0	10.8	28.0	15.5	35.5	14.1	30.2	17.3	39.8	16.1	35.4	42.2	46.1	39.2	42.2
soltero	21.6		17.2		20.0		16.1		22.5		19.3		3.9		3.0	
acompañado	31.3		30.4		29.9		30.8		21.8		25.0		36.3		32.4	
viudo	19.2		21.4		18.6		15.8		9.0		8.9		8.8		9.8	
divorciado	5.6		14.6		7.6		14.3		4.5		6.7		3.0		6.9	
separado	0.2		0.3		0.7		0.7		1.3		5.2		1.0		1.0	
	2.2		5.1		3.5		6.7		1.3		4.5		2.0		6.9	

FUENTE: Instituto de Investigaciones, *Investigación sobre desplazados y refugiados salvadoreños, 1984-85*, Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas," archivo de datos del trabajo de campo.

table, al menos desde la relación con el vínculo legal, la crisis presente ha deteriorado aún más esa situación, en detrimento de la familia; las consecuencias de este fenómeno son previsiblemente graves para la "base fundamental de la sociedad," para el proceso de desarrollo equilibrado de los nuevos miembros, así como de su socialización e integración en una sociedad conflictiva de la cual han sido víctimas en el origen mismo de sus vidas. Y nuevamente aquí la estructura desigual y asimétrica de la sociedad hace que la incidencia de la crisis en los distintos estratos sea también desigual, gravando mucho más sobre los estratos inferiores el peso de las víctimas de la destrucción económica, de las migraciones forzadas, de la desintegración familiar. La triple funcionalidad de la familia, por consiguiente, será más distorsionada, como consecuencia, a medida que se desciende en los niveles o estratos sociales, tanto en lo sico-biológico, como en la unidad económica progresivamente deteriorada, así como en la transmisión socializante de una experiencia disruptiva y desgarradoramente vivida.

Un último elemento que se debe tomar en cuenta es la religiosidad profunda de la familia salvadoreña, su creencia y vivencias cristianas. En esta heterogeneidad social, disrupción, crisis y enfrentamiento entre diversos sectores de la sociedad, el factor religioso —incluso avivado y revitalizado en el proceso mismo— puede estar llamado a jugar un papel insustituible de cohesión social, pero, como ya indicamos anteriormente, la misma religión está influenciada por la realidad concreta e histórica. Su vivencia y traducción teórica se bifurca en dos vías divergentes: una religión abstracta, histórica, exclusivamen-

te trascendente, intimista, alienada y alienante de la realidad conflictiva predominante; y una religión encarnada en esa realidad, trascendente e inmanente, abierta a la historia concreta, liberadora de las personas y de la sociedad para la construcción incipiente del reino de Dios en la tierra. En la medida en que el factor religioso tome su responsabilidad histórica en la realidad concreta, como excitante de la conciencia responsable del hombre y de los grupos, en todas sus dimensiones sociales e individuales, encarne su fe, su dogma y su praxis en la realidad social e histórica, podrá aportar un elemento valioso e insustituible en el proceso de solución a la angustiosa crisis que vive El Salvador. Si es cierto que "la verdad nos hará libres," no es menos cierto que la libertad de hijos de Dios que Jesús predicó y practicó nos acercará a la verdad.

### Conclusión

Hemos partido de un principio (adquirido *a posteriori*), que la familia es la base fundamental de la sociedad. Pero a medida que avanzábamos, hemos podido percibir que tanto la sociedad como la familia son muy complejas, abiertas, influenciadas por diversos factores, e interrelacionadas estrechamente entre sí ambas a dos. Si la sociedad ya es de por sí compleja, todavía se complejiza más por su ubicación y relaciones asimétricas con otras sociedades de la humanidad en su totalidad, su situación en una determinada posición dentro de la estructura y del sistema. La familia, a su vez, ha ido cambiando, no tanto estructural y autónomamente, sino para adaptarse a una sociedad cambiante.

Si de un análisis de la sociedad y sus diferentes estructuras y elementos integrantes se pueden predecir algunas características de la familia, el estudio de la familia, a su vez, ayuda a entender mejor la sociedad y a predecir parcialmente su futuro. La familia ciertamente está en la encrucijada de la sociedad y de la historia, heredera del pasado, influida por el presente, "conservadora" de la tradición, conformadora del futuro. Las crisis de la sociedad no pueden menos de incidir gravemente, y de reflejarse en la base fundamental de ella, la familia, y a través de ella dejar su huella en la sociedad del mañana. Los elementos estructurales son ciertamente decisivos en la conformación y evolución de la familia, pero los elementos superestructurales —concretamente el religioso, para la sociedad salvadoreña actual— juegan también un papel que no puede pasarse por alto en un análisis que pretenda entender y explicar la realidad compleja de la sociedad y la familia.

#### BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

- Durkheim, Emile. *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Akal, 1982.
- Falla, Ricardo. *Esa muerte que nos hace vivir. Estudio de la religión popular de Escuintla, Guatemala*. San Salvador: UCA Editores, 1984.
- Instituto de Investigaciones de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas." *Investigación sobre desplazados y refugiados salvadoreños. Fase II*. San Salvador, 1986.
- Montes, Segundo. "El papel de la religión en la planificación familiar." *Boletín de Ciencias Económicas y Sociales*, 1985, 1, 30.
- Montes, Segundo. "En torno a la estructura social salvadoreña." *Estudios Centroamericanos*, 1981, 398, 1123.
- Montes, Segundo. *El compadrazgo, una estructura de poder en El Salvador*. San Salvador: UCA Editores, 1979.
- Montes, Segundo. *Estudio sobre la estratificación social en El Salvador*. Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas," Departamento de sociología y ciencias políticas, 1980.
- Montes, Segundo. "Familia y paternidad responsable." *Estudios Centroamericanos*, 1974, 203-304, 21.
- Quiñónez García, Ricardo Antonio. *La situación social de la mujer en El Salvador*. San Salvador: Universidad de El Salvador, tesis de licenciatura, 1984.

